



CAPITULO VII

En rebelión

I

A los tres días se presentó Pepe á saludar á su patrón, explicándole que por haber estado enfermo no había ocurrido á trabajar. Prieto le miró de pies á cabeza, y luego, quitándose los anteojos y atusándose la barba llena de desperdicios, le dijo con sorna:

— Que sufra usted muy seguido esas enfermedades, mi amigo. Las conozco y las he padecido, aunque ahora ya no las tenga como en tiempos pasados... A mí no me la pega, compadre; usted ha estado metido en cualquier rechimalito en compañía de alguna muchachona... ¡Ay amigo, y que no pueda uno enfermarse así!... Pase, pase á despachar unas comunicaciones, que salimos mañana y no hay tiempo que perder.

— ¿Y á dónde vamos, señor? ¿Se puede saber?

— A Monterrey, amigo, á Monterrey, á los abrevaderos de don Santiago Vidaurri de Milmo y de Quiroga.

— ¡Vaya una cosa! pensó Brambila; ¡quién había de decirme que iba á recorrer otra vez el camino andado!

En su casa halló de monos á Cristina; pero lo dió por bien empleado al recibir una esquila de María en que le suplicaba fuera á verla.

— ¡Vaya una señora! dijo la muchacha recelosa. Con tantísimo llamarte y traerte y volverte á llamar, ya me va dando mala espina.

— Pero ¿no sabes que el padre está á la muerte?

— Si duraran mis trabajos lo que el vejete tu amigo, ya tenía para morirme de cien años.

— Atiende á que son paisanos míos, antiguos amigos de mi casa y...

— ¿Y no eran tus paisanos cuando el viejo te ponía en la cárcel y te amenazaba con desterrarte? Porque me parece...

— ¡Ay, hija! tenemos que perdonar para que nos perdonen.

Y salió disparado, no queriendo continuar aquella cuestión en que habría acabado por perder toda ventaja.

Se encontró al licenciado tendido en un sillón, con la cabeza como divorciada del cuerpo, las piernas como cortadas y los brazos como dislocados. El inseparable

paliacate rojo yacía junto á él amontonado cual si fuera un cuajarón de sangre.

— Mejorcito, amigo, un poco mejor; pero imposibilitado de caminar. ¿Qué voy á hacer á Monterrey con esos señores, cuando no puedo andar por este cuartito? Ya me lo dijo el médico: licenciado, aunque usted se empeñe está imposibilitado

de moverse... Para el interior se podría ensayar; al fin allá el clima es suave; pero para Monterrey, con esta temperatura, con este airecito que está soplando, es exponerse á una muerte inmediata... Hágame una valedura, mi buen



Brambila; dígame todo á Guillermo Prieto; dígame cómo mis deseos serían marcharme con ustedes; pero que Salas me tiene preso, me secuestra, me encarcela, me arraiga... En fin, usted sabe lo que ha de decirle para que se lo haga comprender á Juárez y á los ministros. Iglesias estuvo ayer aquí y se quedó convencido de que estoy amolado como nadie. «Usted necesita marcharse

á su tierra, me dijo; sólo en Guadalajara se repone usted.»

— ¡Ajajá! exclamó Guillermo cuando Pepe le comunicó el caso; el entusiasta *Mescurro* quiere tomar el camino de su casa; bien hecho; que siga á todos los que van preparando la espina dorsal para hacerle zalemas al francés. Me parece bien; que se vaya y que le dé recuerdos al señor *Novuelva*.

— Está enfermo, señor, está grave de veras.

— Si es una epidemia la que en estos días se ha soltado, que ni le cuente á usted. Fiebres, resfriados, enfisemas, pulmonías y bronquitis son de la exclusiva propiedad de los señores representantes del pueblo; los militares poseen el privilegio de las heridas antiguas vueltas á abrir por el tráfago de la guerra; los escribientes tienen á su cargo el ramo de ojos — pasan de diez los nombres nuevos de enfermedades de la vista que he estado oyendo — y los adjudicatarios se consagran á dolencias del estómago: ayer, en una misma cuadra, me encontré un dispéptico, dos gastrálgicos, tres hiperclorhídricos y qué sé yo qué más. ¡Que se vayan malditos de Dios; sinvergüenzas, traidores, canallas, más bribones que Almonte, más perdidos que Pelagio, más bellacos que Bazaine, más venales que *La Esmeralda*! ¡Indecentes!

Y en efecto, el licenciado Delgado salió para el interior, no sin obtener una carta en que declaraba todo el

protomedicato saltillero que estaba el pobre *in articulo mortis*, y que si el gobierno le quería olear no había inconveniente ninguno por parte de aquella docta facultad.

Referir la despedida de los amantes sería cosa de llenar con ella páginas y páginas; baste decir que cuando Pepe y su dama vieron aparecer por las rendijas de la puerta del cuarto de la señora la luz que despedía el sol ceñudo y malhumorado que á deshora dejaba los brazos de Tetis, deshaciéndose de los de María, dijo el engreído Brambila, continuando tal vez alguna conversación empezada:

— ¡Te juro que iré á verte á donde vivas, te juro que te buscaré por cielo y tierra, te juro que te querré siempre con todo mi corazón y que no olvidaré nunca los felices momentos que me has dado!

— Te espero, Pepe.

Y un beso largo, tan largo que le permitió al sol salir de entre la muralla de montes que le tapaba la mitad del rostro y ascender por el cielo aborregado para asombrarse de aquella pasión de que no hubo ejemplo en toda la madrugada; un beso que parecía un poema de mil versos por lo sonoro, lo repiqueteado y lo inacabable, ese beso dió fin á la entrevista empezada á prima noche.

— ¡Adiós, Pepe!

— ¡Adiós, mi María!

Y el muchacho salió á toda prisa para no ver caer

como pollo descabezado á aquella mujerona que en los trances de amor solía aplanarse como si en vez de su cuerpazo tuviera el de un pajarito.

Pepe llegó á su casa triste y mohino además, y cuando la pobre Cristina le preguntó cómo le había ido de trabajos, él le respondió con muestras de cansancio:

— ¿Cómo quieres que me vaya? Como al diablo con San Miguel. Toda la noche dale y dale, trabajando como un burro y sin tener un momento de reposo.

Y la muchacha (*sancta simplicitas*) dispuso desayuno y lecho para el ajetreado Brambila, y le dejó acostado saliendo de puntillas.

II

Sucedió, pues, que á principios de Febrero los de la familia enferma salieron del Saltillo y se encaminaron á Monterrey: iban, como quien dice, á las fauces del lobo, á las garras del ogro, á la cueva en que el monstruo campaba por sus respetos. Pero como aquellas gentes no podían creer en la picardía y en la mala voluntad de Vidaurri, que se pavoneaba con el título de liberal purísimo é intérprete único de la Constitución, marcharon confiados hasta cierto punto y hasta cierto punto resueltos á que el sol apareciese por Antequera.

A las siete de la mañana salieron los padres graves, el

Presidente y los ministros; Guillermo Prieto se marchó á las siete y media y con él el buen Brambila, y á las ocho se retiró Cristina juntamente con la familia del señor Juárez, que se había quedado sin saber cómo se desenlazaría aquel que el administrador de correos llamaba conflicto dramático.

Caminaron todo aquel friísimo é insoportable día diez de Febrero, en medio de la nieve y la ventisca que de todas partes les atacaban con una saña inaudita; se detuvieron en diferentes pueblos para recibir el homenaje y las aclamaciones de las autoridades y vecinos, y al anochecer, en medio de una lluviecita que se metía hasta los huesos, llegaron á Santa Catarina, lugarejo distante de Monterrey obra de cuatro leguas.

— ¡Pobres muchachos, pobres soldaditos, míralos tendidos en medio de este campo inhospitalario! dijo Guillermo señalando á los infantes de la división Doblado que se mantenían arma al brazo sin darle importancia ninguna á la nevasca.

Es de advertir que Guillermo le había apeado el tratamiento á Brambila y que le llamaba de tú como llamaba á todo el mundo.

— ¡Pobres soldaditos, cuánto sufren lejos de sus familias, de su tierra, de todo lo que aman! Ellos nos custodian; nos acompañan, son nuestros amigos, nuestros defensores y nuestros padres. Para ellos no hay triunfos,

porque no hay triunfos en la choza del desgraciado; no hay placeres, porque el placer le está vedado al infeliz; no hay satisfacciones, porque la satisfacción no es para el que no tiene que comer. Amigo Brambila, óyelo, óyelo bien, nosotros, los criollos, los mestizos, los que nos llamamos clases directoras, somos los gachupines del indio... ¿Cuál es la suerte de este pobre? Nacer en un jacal de ramas; caminar á la espalda de la madre, mientras los muchachos finos andan en brazos de la nodriza; pasar la infancia arreando puercos y gallinas; *jurtarse* á una muchacha al cumplir los diez y ocho; caer de leva tan pronto como pasa por el rancho una fuerza pronunciada; darle patadas al suelo de la patria durante tres ó cuatro años recorriéndole desde el *Christus* hasta el *amén* y morir en el fondo de una zanja, destripado por el paso de una batería amiga ó enemiga, ó en manos de un aprendiz de médico que corta sin compasión los brazos y las piernas de las gentes que no hablan de la mala cura ni pagan ¡ay! planillas de honorarios... Pero ¿por qué estamos detenidos aquí? ¿Habrá algún obstáculo en el camino? ¿Se habrá roto algún carruaje de la comitiva? ¡Eh, tú, cómo te llames, cochero!

— Soy Prajedis, amo.

— Bueno, tú, Prajedis ¿qué diablos sucede?

— Nada, l'amo; que aquí vamos á hacer noche y hay que bajarse.

— ¡Reventaras, hombre! Pero ¿dónde demonio nos metemos? No hay siquiera un jacal en que descansar.

— Adelantito, señor.

— Bueno, pues tira, que hace hambre y sueño.

Y á la media hora se movió el armatoste, no sin que Guillermo continuara aquella disertación político-social, más llena de exclamaciones que las cartas amorosas de su amanuense.

El Presidente y todos los suyos se quedaron al pie del Obispado, en la quinta de don Juan López Peña, y el doce, á eso del mediodía, entraron á las calles de la ciudad, que estaban cubiertas con toldo. El piso estaba regado de flores, el Ayuntamiento recibió á los recién llegados y la gente, aunque reservada y temerosa, miró aquella entrada en que no creía. Las campanas y los cañones acentuaron la extraña solemnidad, que tenía no sé qué de forzado y de violento.

III

Los dos amigos, Brambila y don Manuel de Amores, se habían perdido de vista desde hacía tiempo.

— Yo, dijo el escribiente borrachín al escribiente enamorado, yo estoy cerca de mi jefe, patrón, valedor y hasta me atrevería á decir que amigo, don Manuel Doblado. Con él he sufrido derrotas, he hecho marchas,